

Franz Kafka

LAS PREOCUPACIONES DE UN PADRE DE FAMILIA

(1919)

Unos dicen que la palabra Odradek proviene de idiomas eslavos, y sobre esta base tratan de explicar su etimología. Otros, en cambio, creen que es de origen alemán y sólo presenta influencia eslava. La inseguridad de ambas explicaciones permite suponer, sin equivocarse, que ninguna de las dos es verdadera, y con ninguna de ellas puede uno descifrar el sentido de la palabra.

Naturalmente, nadie se ocuparía de estos estudios, si no existiera en realidad un ser que se llama Odradek. A primera vista se asemeja a una bobina de hilo, chata y en forma de estrella, y en efecto, también parece que tuviera hilos arrollados; por supuesto, sólo son trozos de hilos viejos y rotos, de diversos tipos y colores, no sólo anudados, sino también enredados entre sí. Pero no es solamente una bobina, sino que del centro de la estrella emerge perpendicular un pequeño palito y a éste se le agrega otro en ángulo recto. Con este último palito por un lado, y uno de los rayos de la estrella por el otro, el todo puede estarse derecho, como sobre dos patas.

Uno se sentiría tentado a creer que este ser tuvo en otro tiempo alguna especie de forma razonable, y ahora está roto. Pero no parece ser el caso; por lo menos, no hay nada que lo demuestre; no se ve ningún agregado, o superficie de rotura, que corrobore esta suposición; el todo parece por cierto sin sentido, pero, a su modo, completo. Cosas más precisas no se pueden decir al respecto, ya que Odradek es extraordinariamente movedizo, y no se deja atrapar.

Se lo suele ver alternativamente en la buhardilla, en la escalera, por los pasillos, en el vestíbulo. A veces no se deja ver durante meses; en esos casos, seguro que se ha mudado a otra casa; pero irremisiblemente vuelve a la nuestra. A menudo, cuando uno sale por la puerta y lo encuentra apoyado justamente en el pasamano de la escalera, uno siente ganas de hablarle. Naturalmente, uno no le hace preguntas difíciles, más bien lo trata —su tamaño diminuto es tal vez el motivo— como a un niño.

—Bueno, ¿cómo te llamas? —le pregunta uno.

—Odradek —dice él.

—¿Y dónde vives?

—Sin domicilio fijo —dice, y ríe; pero es solamente una risa como la que uno podría producir sin pulmones. Suena algo así como pasar corriendo sobre hojas caídas. Por lo general la conversación termina con esto. Por otra parte, no siempre responde; a menudo se queda mucho tiempo callado, como la madera que parece ser.

Inútilmente, me pregunto qué pasará con él. ¿Es que acaso puede morir? Todo lo que muere ha tenido antes alguna especie de objetivo, alguna ocupación, y eso lo ha ido desgastando; pero este no es el caso de Odradek. ¿Será posible entonces que siga rodando por las escaleras y arrastrando pedazos de hilo ante los pies de mis hijos y de los hijos de mis hijos? Evidentemente, no hace mal a nadie; pero la suposición de que pueda sobrevivirme me resulta casi dolorosa.